

NUBES

Lo que voy a contarte sucedió hace ya mucho tiempo, tanto que poca gente lo recuerda. Es una historia curiosa, e incluso, increíble, pero no por ello debes pensar que es fantástica o inventada.

Para empezar, voy a plantearte una pregunta: ¿Qué es una nube? O mejor, ¿qué crees tú que es una nube?

Seguramente responderás algo relacionado con la acumulación de agua en la atmósfera o algo parecido. Pero, ¿por qué? Porque lo has leído, te lo han contado o lo has dado en clase. Mucha gente cree que las nubes son masas visibles suspendidas en la atmósfera formadas por la acumulación de partículas diminutas de agua o hielo, como consecuencia de la condensación. Sin embargo, esa es una definición tremendamente superficial de lo que realmente son las nubes.

Yo soy una nube. Me llamo Nimba y puedo asegurarte que las nubes no sólo somos agua condensada. Somos seres, como una comunidad de vecinos. En esta comunidad nos dividimos por familias. Están las nubes altas. Esa es la familia más egocéntrica de todas. Sus patriarcas fueron los Cirros, aunque luego debido a la descendencia, se formaron también los Cirrocúmulos y los Cirrostratos. La verdad, en toda mi vida jamás he conocido a un solo Cirro medianamente simpático.

Luego están las nubes medias. No son malas, pero son un poco aburridas. Están los alto-cúmulos y los altostratos.

Y por último estamos las nubes bajas. Están mis primos nimbostratos, mis tíos y mi abuela estratos y mi familia más cercana, los estratocúmulos. Aunque también estoy emparentada con las nubes de desarrollo vertical por parte materna. Están los cúmulos y los cumulonimbos, como mi madre. Debido a todos estos parientes mi nombre completo es Nimba Estratocúmulos Cumulonimbos.

En el cielo no solo hay una comunidad de vecinos; también hay distintos trabajos y escuelas. La mayoría sirven para aprender los oficios normales y corrientes. Pero hay una escuela diferente en la que solo entran los mejores. Hay que superar una serie de pruebas para entrar y las nubes que lo consiguen pasan a formar parte de la Sociedad de las nubes. Lo más prestigioso del cielo.

Cuando una nube cumple su primera década, realiza, si quiere, estas pruebas. Si logra superarlas, bravo, pero si no, no hay más oportunidades. Cada año se permiten un máximo

de ocho aspirantes, aunque jamás se ha llegado a este máximo. Normalmente entran una o dos nubes como mucho. En el momento en el que transcurre esta historia, yo acababa de cumplir diez años.

Era un jueves cuando mi padre y yo nos presentamos en el enorme edificio de la escuela. Ese era el día de la primera prueba. Entramos juntos en el precioso edificio, pero no tuvimos mucho tiempo para contemplarlo porque rápidamente nos llevaron a todos los candidatos a una pequeña sala llena de pupitres.

En cada uno había una pluma y un pergamino con tres preguntas. Me senté y leí la primera: ¿por qué quieres entrar en nuestra escuela? Empecé a escribir cosas tales como que era muy prestigiosa y un honor entrar en ella, pero el pergamino empezó a arder por una esquina. Miré a mi alrededor asustada y pude observar que a los demás candidatos les estaba ocurriendo lo mismo.

Observé de nuevo la hoja que se quemaba con gran rapidez y entonces recordé el consejo que me había dado mi abuela antes de salir de casa: sé sincera y piensa bien antes de responder. Eché un vistazo a la hoja, ya casi carbonizada, agarré casi con desesperación la pluma y escribí a toda velocidad: quiero sentir que soy parte de algo importante y que la gente me admire. La pregunta se borró del pergamino, que volvió a su estado original sin quemaduras. Suspiré aliviada, había acertado.

Leí la siguiente pregunta lentamente: ¿qué fue la batalla ultravioleta? Como supongo que tú no lo sabes, te lo explicaré rápido. La batalla ultravioleta fue mucho antes de que yo naciera cuando por primera vez se hizo un agujero en la capa de ozono y los rayos ultravioletas llegaron a la Tierra. Fue una masacre para las nubes. Desde entonces no han parado de entrar rayos constantemente pero ahora sabemos cómo protegernos. Empecé a escribir algunas fechas y datos históricos, pero, para mi horror, la hoja comenzó a quemarse de nuevo.

Estaba al borde del pánico cuando se me ocurrió una idea: La batalla ultravioleta fue un día horrible para la comunidad de las nubes ya que nos atacó cuando estábamos totalmente desprotegidas, un día que hay que recordar como histórico ya que jamás se repetirá. Por segunda vez, el papel se reconstruyó por sí solo y la pregunta se borró.

Solo me quedaba una pregunta que decía así: ¿cuál es el único propósito de los seres humanos? Esta vez ya sabía que debía responder: El único propósito de los humanos es destruir el mundo. Solo saben tirar poco a poco de la cuerda hasta que un día se rompa. Nos obligan a reforzar nuestras defensas cada día, y encima, dan nombre a las cosas que

posteriormente destrozarán. Entonces la pregunta cambió: ¿por ejemplo? Yo respondí sin dudar: El Planeta Tierra.

El papel se volatilizó en el aire, lo había conseguido. Había superado la primera prueba. Cuando salí de la sala, seguía un poco aturdida por el cúmulo de sensaciones que había experimentado en tan poco tiempo. Había conseguido pasar a la siguiente fase, pero todavía me quedaba mucho camino por recorrer.

La siguiente prueba se celebró el jueves siguiente. Consistía en una carrera, pero no una cualquiera. Había un circuito lleno de billetes de colores. Para pasar a la última prueba tenías que coger uno de estos billetes, pero no es tan fácil como parece. Es pura estrategia ya que hay muchos caminos que puedes seguir. Si vas a la zona grande, llena de billetes, puede que tengas suerte y cojas uno pero, con la gran cantidad de nubes que habrá allí, puede que no lo logres. También puedes arriesgarte e ir a la zona con menos billetes, aunque también con menos contrincantes.

Además, esta carrera se debía correr a lomos de un animal sin alas. Seguramente múltiples preguntas rondan por tu cabeza, como, por ejemplo: ¿qué animales sin alas hay en el cielo? Pues yo te respondo, muchos. Cuando ves una nube con forma de animal, estás contemplando un animal Nubélico. Es casi irónico pero la mayoría de los animales del cielo no tienen alas. Solo algunos las poseen y estos no se podían utilizar en la carrera. Yo usé de montura a Nívea, nuestra vecina. Es una magnífata, es decir, una gata muy grande, colosal. Era muy amiga de mi familia, aunque también competitiva así que yo estaba muy nerviosa, rezando para que no aplastase a algún otro pobre animal Nubélico.

En cuanto sonó el pistoletazo de salida, salimos disparadas, pasamos de largo la zona llena de pases y nos fuimos derechas a la parte arriesgada. Justo cuando teníamos ante nosotras un billete verde y yo estaba a punto de cogerlo, otra nube a la que yo no conocía saltó de su montura, aterrizó sobre el lomo de Nívea y agarró el billete.

Me sentí terriblemente frustrada, aquello no era nada justo. Sin embargo, y por suerte, un árbitro se acercó a nosotras con aire conciliador y propuso una solución. Alguien había utilizado una cigüeña y como no se podían utilizar animales alados, me entregó ese billete a mí.

Todos contentos. Yo que ya casi me había puesto a llorar, abracé al árbitro y suspiré, soltando el estrés que se había apoderado de mi cuerpo. Lo había logrado de nuevo. Solo me quedaba una última prueba.

La Prueba del Talento se celebraba en el Nubeliseo, ante la mirada de los Tres Ancianos, las nubes más viejas que existían en ese momento. En la prueba lo único que hay que hacer es esperar frente a los ancianos hasta que tu talento se muestre, o no.

Ninguna nube conoce su talento, si es que tiene, hasta que los Ancianos lo convocan. Si en ese momento haces algo impresionante o, al menos, raro, tienes un talento. Si no, mala suerte. La gran mayoría de las nubes no tienen talento y es por eso por lo que muy pocas logran entrar en la escuela.

Cuando llegó el día de la última prueba yo estaba muy nerviosa, histérica. ¿Y si no pasaba nada? Me sentía impotente ya que esta prueba no dependía de mí. No podía hacer nada más que esperar. Además, nos llamaban según el orden de las familias así que yo era la última. Ya os expliqué que los primeros son los Cirros, luego las nubes medias y luego las bajas, es decir, yo.

Cuando me llamaron, a punto estuve de desmayarme. Salí a la arena del Nubeliseo temblando como una hoja. Me planté ante los tres Ancianos que me miraban fijamente, y cerré los ojos. Pensé en cosas bonitas para intentar tranquilizarme. No sentía nada, no había pasado nada. Abrí los ojos y me di cuenta de que todo el mundo, tanto espectadores como los Ancianos me miraban boquiabiertos.

A mi alrededor se había formado un hermoso arcoíris con todos sus colores. Yo, una nube baja, tenía el don del pensamiento.

Seguramente, a estas alturas estarás un poco perdido. Resulta que hay dos formas de crear lluvia. La más habitual es la lluvia enfadada. Cuando alguien se enfada, la lluvia sale de ti y va a parar a una presa nubular. De ahí se distribuye por todo el mundo.

Pero también hay otra forma de crear lluvia. El don del pensamiento es algo muy raro, poco común. Cuando una nube con este don tiene una buena idea, un pensamiento bonito, un hermoso recuerdo se forma lluvia cromática. Esa lluvia no va a parar a la presa, sino que cae en el primer lugar soleado y cálido que encuentre formando un arcoíris.

Yo, era la primera nube en 20 años de promociones en tenerlo y la primera nube baja en poseerlo desde hacía siglos. Actualmente, ya no tengo ese título, sino uno mucho más largo y rimbombante. Yo soy Nimba Estratocúmulos Cumulonimbos, Anciana de la Sociedad de las nubes, Nube Pensadora y esta fue la historia de mi vida.